

Hace un año... y en el día final

Hace un año, nuestro país vivía uno de los momentos más singulares y sublimes de su historia. Todos los chilenos nos sentíamos unidos en torno a un profundo sobrecogimiento espiritual.

Estaba entre nosotros el Papa. Pero, más que eso, nos visitaba un auténtico santo. Pocas veces un hombre ha transmitido la santidad con la nitidez y el vigor con que lo hace Juan Pablo II. Y de allí brota el ansia magnética de escuchar su mensaje.

Cada cual recuerda distintos momentos como aquéllos que más le impactaron de esa visita papal que nos conmovía minuto a minuto.

Personalmente, si tuviese que señalar cuál fue ese instante para mí, no dudaría en referirlo a su homilía dirigida al mundo laboral en Concepción, cuando el Santo Padre se apartó del texto para reiterar que "el trabajo no es para la muerte, sino para la resurrección".

La filosofía griega desarrolló sólidos fundamentos lógicos para demostrar la inmortalidad del

alma. Tal creencia ha estado inmemoriamente presente -además- en todas las religiones. En lo más hondo de su ser, el hombre percibe que su espíritu no se destruye con la muerte.

Sin embargo, el cristianismo introduce un elemento adicional único que le confiere su mayor grandeza. Me refiero a la fe en la resurrección.

Por revelación divina, creemos que el Hijo de Dios se hizo hombre. Siendo verdadero Dios y verdadero hombre, asumió libremente la Pasión y Muerte que en estos días hemos vuelto a recordar. Pudo escoger cualquier otra forma igualmente eficaz para redimirnos, porque todo acto Suyo tenía valor infinito. Pero eligió la cruz como signo tangible del máximo amor.

No obstante, la clave última del cristianismo no está en la cruz, sino en la resurrección. Cristo resucitó al tercer día, venciendo así a la muerte y a su origen, que es el pecado.

Y porque Cristo resucitó, El nos hará resucitar a

cada uno de nosotros el día de Su segunda venida, en gloria y majestad. No tendremos ya cuerpos sujetos a los efectos del tiempo, pero serán nuestros cuerpos. No los de otro ni menos entelequias vagas de supuestas "reencarnaciones". Serán nuestros cuerpos -resucitados y gloriosos- los que volverán a unirse al alma respectiva de la cual la muerte transitoriamente nos haya separado.

Más aún, toda la creación -y no sólo el hombre- será glorificada. A ello alude San Pablo al decir que "la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto" (Rom. 8,23), aguardando la Parusía o segunda venida gloriosa de Cristo al fin de los tiempos.

La Resurrección de Cristo que hoy celebramos cobra su plenitud en esa espera nuestra anhelante y fervorosa.

Por Jaime Guzmán



3-11-88